

SER IGLESIAS EN TIEMPOS POSTMODERNOS

Entre la fosilización institucional y el futuro de una espiritualidad cristiana

Edgardo A. Montecinos Mundaca¹

INTRODUCCIÓN

Vivimos un tiempo de transición e incertidumbre socio-cultural. Por ello, este texto no pretende llegar a conclusiones absolutas ni definitivas; pretende más bien evocar, sugerir y provocar, para que el lector continúe reflexionando por su cuenta.

El siglo XIX y parte del XX fue testigo de un sinnúmero de funestas profecías que auguraban el fin de la religión y por consiguiente del cristianismo. Para el sociólogo italiano, Sabino Acquaviva, desde el punto de vista religioso, la humanidad había entrado en una larga noche que, a medida que las generaciones pasaban, iba siendo cada vez más oscura². De esta manera se inauguraba una era postcristiana. Sin embargo, la realidad dista mucho de aquellos pronósticos realizados en el seno de las corrientes racionalistas, positivistas y marxistas. Por lo demás pareciera ser que son ellos los que han perdido su pertinencia histórica, mientras que el cristianismo, con todas sus crisis, sigue dando que reflexionar y esperar.

Como cualquier fenómeno social y cultural, el análisis de la situación religiosa actual, depende del contexto geográfico en el cual se está inmerso. En este sentido, mientras que para los analistas europeos no hay duda de que avanzamos hacia una desaparición creciente de la religión, para los estudiosos norteamericanos *la teoría de la*

¹ *Bachiller en Teología*, Seminario Teológico Bautista, Santiago Chile. *Profesor de Educación Cristiana*, Colegio Cristiano de Quilpue; *Estudiante de Licenciatura en Historia mención en Ciencias Políticas*, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

² Citado en, COX, Harvey. *La religión en la ciudad secular: Hacia una Teología Postmoderna*. Sal Terrae. Santander 1985. pp. 9

secularización propuesta en Europa está lejos de reflejar la realidad, siendo más bien, una mirada provinciana y que solo hace justicia a la situación europea y de los países de emigración y «estilo cultural» europeo, como Québec, Uruguay o Nueva Zelanda. Para analistas norteamericanos tales como Peter Berger, la mayoría de nuestro mundo, no estaría ante un declive religioso; más bien, mundialmente estaríamos viviendo un momento de «exuberancia religiosa»³.

En este contexto se hace imprescindible la realización de estudios de campo que nos permitan vislumbrar cual es la situación religiosa que están viviendo los países latinoamericanos. Sólo así evitaremos las generalizaciones y la aplicación de teorías foráneas, de las cuales pareciera ser estamos bastante acostumbrados.

¿Cuál es la situación religiosa del Chile actual? Al respecto, proponemos la siguiente tesis: Cuantitativamente la religiosidad en Chile no ha variado significativamente en los últimos cien años. Sin embargo, dos fenómenos deben considerarse como relevantes. En primer lugar, estamos experimentando un creciente cambio en las identidades y pertenencias religiosas. En segundo lugar, asistimos a un proceso de des-institucionalización de nuestra religiosidad que tiene en jaque a las iglesias como expresión religiosa comunitaria-institucional.

Esbozaremos además, una teoría que intente explicar los procesos que está viviendo la religiosidad chilena, es decir, por un lado, el proceso de cambio en las identidades y pertenencias, por otro, el proceso de des-institucionalización religiosa. En este sentido, creemos que el cristianismo está viviendo un proceso de transformación religiosa a nivel global que está afectando considerablemente la imagen que tenemos del él. Finalmente, intentaremos atisbar los rasgos del cristianismo que ya se deja sentir en medio de este proceso de transformación religiosa que denominaremos “*metamorfosis de lo sagrado*”, expresión acuñada por el fenomenólogo de la religión, Juan Martín Velasco.

³ Citado en, MARDONES, José María. *Sal Terrae: Revista de Teología Pastoral*, Tomo 91/2. Sal Terrae. 2003. pp 108.

CAMBIOS EN LAS IDENTIDADES Y PERTENENCIAS RELIGIOSAS

Que la religiosidad en Chile no ha variado cuantitativamente lo refleja la encuesta nacional realizada por el Programa de Desarrollo de la Naciones Unidas (PNUD) en el 2001. Esta encuesta confirma que los chilenos creen masivamente en la existencia de Dios o de realidades místicas o espirituales. La no creencia es minoritaria.

A los chilenos encuestados se les hizo la siguiente pregunta: ¿Cuál de las siguientes alternativas expresa mejor su espiritualidad o inclinación religiosa?

Creo en Dios a mi manera	58%
Creo en Dios y participo en una iglesia	33%
Soy una persona espiritual/mística	5%
No creo en Dios, creo sólo en la dignidad del ser humano	2%
Ninguno	1%
No sabe / No responde	1%
Total	100%

Fuente: Encuesta Nacional PNUD, 2001.

Esta religiosidad, aún cuando puede variar en sus contenidos, no ha disminuido significativamente en los últimos cien años. Según datos del Instituto Nacional de Estadísticas (INE 2001), la creencia en Dios pasó del 99% en 1907 a un 94% en 1992. El rasgo predominantemente cristiano de esa religiosidad tampoco registra variaciones importantes.

¿Podría decirme la religión o iglesia a la que se siente más cercano?	Sexo	
	Masculino	Femenino
Católica	72	75
Evangélica	15	18
Mormona	1	1
Otra iglesia cristiana	2	2
Judía	0	0
Otra religión no cristiana	0	0
Ninguna	10	4
NS-NR	0	0
Total	100	100

Fuente: Encuesta Nacional PNUD, 2001.

El International Social Survey Programme (ISSP) comparó las orientaciones religiosas de los habitantes de 41 países de diversos continentes y con distintos niveles de desarrollo. Entre ellos Chile ocupa el séptimo lugar de mayor porcentaje de creyentes en Dios (CEP-ISSP, 2001).

Si bien, el porcentaje de creyentes en Dios no ha variado significativamente y el rasgo predominantemente cristiano tampoco ha registrado variabilidad significativa, asistimos en estas últimas décadas a un importante proceso de cambios en las identidades y pertenencias al interior de la religión cristiana.

De acuerdo con las diversas encuestas realizadas en Chile estos últimos cien años – la más importante entre ellas es el Censo – se ha producido una lenta pero persistente disminución en la pertenencia católica. En 1907 la población católica representaba el 98,1, mientras que en el 1992 solo representaba un 76,7% de la población.

Desde la década de los sesenta la adscripción a las iglesias evangélicas ha venido experimentando un crecimiento espectacular. Las iglesias evangélicas de raíz pentecostal han tenido un crecimiento explosivo en este contexto. En 1907 la presencia evangélica representaba un 1% de la población chilena. En 1952 los evangélicos representaban un 4,1%, en 1992 un 13,2, en el 2002 un 16 %. Se espera que para el Censo del 2012 la población evangélica llegue a un 20%.

Según el PNUD 2001 actualmente un 6% de las personas criadas en hogares católicos se desplazan hacia la identificación evangélica, mientras que un 7% de las personas criadas en hogares evangélicos se desplaza hacia la pertenencia católica. Las diferencias se aclaran notablemente cuando estos porcentajes los traducimos a números absolutos. Es decir, por cada evangélico que se desplaza hacia la identificación católica hay cinco católicos que se desplazan hacia la pertenencia evangélica. Las probabilidades sugieren que es más fácil que un evangélico se desplace a la no creencia que hacia el catolicismo.

Las mujeres tienden a permanecer más que los hombres en la religión de su hogar de origen, y cuando se desplazan lo hacen más bien hacia otra religión. En cambio, los hombres tienden a desplazarse más que las mujeres y lo hacen en mayor medida hacia la no creencia. Consecuentemente entre los no creyentes los hombres son más del doble que las mujeres.

El análisis por grupos etarios muestra un importante aumento del desplazamiento hacia la no creencia en los grupos más jóvenes. En el estrato social bajo los desplazamientos son más frecuentes que en el medio y alto. En el estrato bajo hay un mayor desplazamiento hacia la adscripción evangélica, especialmente entre las mujeres.

		Religiosidad				Total
		Nominales	Observantes	Practicantes	No Creyentes	
Sexo	Masculino	26	40	24	10	100
	Femenino	18	39	39	4	100
Grupo de Edad	18-24	33	34	23	10	100
	25-34	28	38	23	11	100
	35-44	21	43	29	7	100
	45-54	16	42	37	5	100
	55 y más	12	37	48	3	100
Total		22	39	32	7	100

Fuente: Elaborado sobre la base de Encuesta Nacional PNUD, 2001.

Con presencia muy reducida aún, se suman expresiones religiosas no cristianas, provenientes de las migraciones de países no cristianos. Especialmente se debe tomar en cuenta la incorporación de las expresiones religiosas místicas orientales.

La religión es una de las expresiones más importantes nuestra cultura. Ha ocupado desde siempre un lugar central como fuente de sentido comunitario y como orientación personal. Este estudio da cuenta de cómo en los últimos cien años la religiosidad en Chile no ha disminuido, ni siquiera se ha debilitado como sucedió en suelo europeo a partir de la ilustración. Sin embargo, el mapa de las identidades y pertenencias ha variado considerablemente.

DES-INSTITUCIONALIZACIÓN DE LAS PRÁCTICAS RELIGIOSAS

Al cambiante mapa de las identidades y pertenencias religiosas se le debe agregar, además, la notable disonancia que existe entre declararse perteneciente a una religión y practicar la religión

En efecto, los estudios recientes muestran con consistencia que aquellos que se declaran creyentes y adhieren a una iglesia tienen, en general, un muy bajo nivel de prácticas religiosas. Dependiendo del tipo de definición, distintos estudios estiman que cerca de un 75% de las personas no practican regularmente su religión y participan más bien de manera esporádica, en ceremonias como bautizos, matrimonios, funerales y/o eventos especiales.

La encuesta PNUD 2001 permite diferenciar tres tipos de práctica religiosa de tipo cultural o vinculada a la parroquia o templo. *Nominales* son aquellos que se declaran religiosos pero no realizan ninguna o una muy baja práctica (22%). *Observantes* son aquellos creyentes que tienen prácticas no regulares y con frecuencia menor a la semanal (39%). *Practicantes* son aquellos que realizan prácticas regulares de frecuencia semanal (32%). Los evangélicos serían notoriamente más practicantes que los católicos, los que tienden a distribuirse entre observantes y nominales.

¿Podría decirme la religión o iglesia a la que se siente más cercano?	Religiosidad				Total
	Nominales	Observantes	Practicantes	No Creyentes	
Católica	24	46	30	-	100
Evangélica	19	31	50	-	100
Otras	31	25	44	-	100
Ninguna	-	-	-	100	100
Total	22	39	32	7	100

Fuente: Elaborado sobre la base de Encuesta Nacional PNUD, 2001.

La comparación internacional confirma que en Chile la distancia entre creencia y práctica es mayor que en otros países (CEP-ISSP, 2001). Datos del CEP (2001) muestran además que en Chile la observancia se ha reducido en los últimos años.

¿En que radica la explicación a esta fuerte disonancia entre creencia y práctica? Se suele mencionar que en Chile la observancia ha sido tradicionalmente baja y esto tendría que ver con la particular historia de la cristianización del país. Se ha aludido también a la existencia de un doble estándar que consideraría socialmente correcto declararse religioso aunque en el fuero interno no se esté convencido. Los argumentos anteriores tienen algún fundamento. Sin embargo, no dan cuenta del efecto de los cambios culturales actuales sobre las prácticas religiosas.

Se debe tener en cuenta que este descenso en las prácticas religiosas no ha significado el debilitamiento de la creencia ya que como hemos visto este no ha variado en los últimos cien años, sino que, más bien, ha significado el debilitamiento de la expresión institucional de la religión. Es decir, las personas están experimentando un tipo de religiosidad cuyos parámetros discurren alejados de la religiosidad institucional, acorde con la frase *creo en Dios a mi manera*.

A este fenómeno lo hemos denominado como des-institucionalización de las prácticas religiosas. Es decir, las personas están viviendo la experiencia religiosa de manera individualista y subjetivada.

Sin duda que este fenómeno de des-institucionalización está provocando una fuerte crisis en el seno de las comunidades eclesíásticas otrora reguladoras por excelencia de la experiencia religiosa. Es que se deja sentir en la piel cierto inconformismo con la imagen tradicional de las iglesias que no permite experimentar lo sagrado al interior de ellas.

Estos antecedentes sugieren la hipótesis de que la experiencia religiosa está cambiando y que el cristianismo ya no será el mismo.

METAMORFOSIS DE LO SAGRADO

El siglo XXI está siendo testigo de profundas transformaciones en el ámbito de la religión. Al renovado espíritu de los seres humanos se le ofrecen diversos senderos por donde conducirse y, sin embargo, aunque el cristianismo seguirá siendo el más frecuentado en América Latina, somos testigos de las intensas transformaciones que estamos viviendo a nivel religioso.

Sea una revitalización o exuberancia religiosa lo cierto es que la experiencia religiosa como señala José María Mardones: «no discurre según los parámetros de la religión institucional y de los deseos de los creyentes en ella o de sus responsables»⁴. En este sentido las iglesias atraviesan por una crisis que no las afecta solamente a ellas sino que es fruto de una crisis a escala mundial producida por los vertiginosos cambios sociales y culturales. En palabras de Juan Martín Velasco: «estamos cambiando de mundo y de sociedad. Un mundo desaparece y otro está emergiendo, sin que exista un modelo preestablecido para su construcción»⁵.

Puede afirmarse que el descenso de las prácticas religiosas es coherente con el nuevo sentido que va adquiriendo la religión en las postmodernidad.

En primer lugar, la religión cristiana de los tiempos postmodernos es una religión emancipada de su dimensión institucional. La institución se muestra cada vez más incapaz de regular la vida religiosa de los individuos y darle sentido, por cuanto la conciencia de autonomía en el individuo está cada más vigente. Son cada vez más las personas, especialmente jóvenes, que han renunciado a todas las certezas del pasado: certezas religiosas, políticas, científicas, históricas y culturales. El sentir es de ya no creer nada de lo que las autoridades del tipo que sea están diciendo y han venido diciendo durante siglos. Muchas personas piensan hoy que todas las autoridades religiosas son excluyentes,

⁴ MARDONES, José María. *A dónde va la religión*. Sal Terrae. Santander 1996. pp. 15.

⁵ VELASCO, Juan Martín. *Metamorfosis de lo sagrado y futuro del Cristianismo*". Selecciones de teología 150.

creadoras de división y opresoras. Podríamos agregar a esto, los incontables escándalos morales de líderes religiosos que van minando cada vez más la confianza en las instituciones religiosas.

En segundo lugar, y como consecuencia del resquebrajamiento institucional y su incapacidad para normar, el individuo religioso es un ser emancipado respecto de la ortodoxia. Las personas están experimentando la creencia religiosa, ya no desde la objetividad impuesta por las iglesias sino desde la subjetividad del individuo. Lo mismo ocurre en el ámbito de la moral.

En este contexto las personas están encontrando nuevas formas de espiritualidad capaces de satisfacer sus necesidades. Como lo expresa Albert Nolan⁶, nuestros tiempos se caracterizan por un «hambre generalizada de espiritualidad», es decir, sentimientos de necesidad de una espiritualidad. Anhelamos contacto y armonía con el misterio que está más allá de lo que podemos ver, oler, oír, gustar, tocar o pensar, pero que experimentamos en todas estas dimensiones sin dar preeminencia a ninguna de ellas.

Esta búsqueda ha llevado a las personas a trascender las cosmovisiones científicas y mecanicistas propias de la modernidad, en busca del gran misterio que no experimentan en las iglesias tradicionales. Las iglesias tienden a ser vistas como pura institucionalidad y en ellas sólo se encuentran enseñanzas autoritarias, rituales vacíos y dualismos.

Como hemos visto, este proceso de des-institucionalización no es el fin de la creencia religiosa, sino que, se trata específicamente de un fenómeno de transformación de la experiencia religiosa, no necesariamente de su debilitamiento. Es por ello que los sistemas de medición que habitualmente se han utilizado para medir la intensidad religiosa no reflejan la realidad. Esto se debe a que son sistemas que miden la intensidad de la práctica religiosa tradicional – misas, cultos, ceremonias, actividades pastorales –, es decir, son precisamente prácticas institucionales y colectivas que en medio de esta transformación

⁶ NOLAN, Albert. *Jesús hoy: una espiritualidad de libertad radical*. Sal Terrae. Santander 2007. pp. 33.

han perdido significación. Esto que hemos dicho habrá que tomarlo muy en cuenta si queremos – si es que se puede en este nuevo panorama – medir la intensidad religiosa de los sujetos de forma más fidedigna.

A este fenómeno de transformación religiosa, Juan Martín Velasco lo ha denominado como «*metamorfosis de lo sagrado*». Como señala:

Al referir la metamorfosis a lo *sagrado* intento expresar que todos los elementos de la configuración religiosa están afectados por el cambio. La crisis afecta a la práctica, a la institución, a las creencias religiosas y, por debajo de todas ellas, a la actitud y la experiencia que se realiza y se expresa en ellas, es decir, a la actitud creyente y a su vivencia por los sujetos. Por esto se ha podido decir con razón que la crisis religiosa es en su raíz una *crisis de Dios* (Metz). De ahí que, para dar razón de la globalidad y la profundidad del cambio, haya escogido la expresión "*metamorfosis de lo sagrado*".⁷

Frente a este nuevo fenómeno cultural una parte del cristianismo reacciona de manera insensible, refugiándose en las viejas paredes de su cosmovisión antimoderna, rehuendo así de la problemática. Otros se lanzan ciegamente a los brazos caprichosos de los vientos de moda sin una adecuada reflexión. Ambas respuestas nos parecen respuestas inadecuadas al desafío religioso que nos impone la postmodernidad.

En medio de este proceso de transformación, ¿Cuáles son los pasos a seguir por las iglesias que pretenden continuar llevando a cabo su misión evangelizadora? ¿Es la des-institucionalización el fin de la iglesia tal como la hemos venido concibiendo en la actualidad? ¿A dónde iremos a parar con todo esto? ¿Qué tipo de cristianismo será el que surja de esta *metamorfosis de lo sagrado*?

⁷ VELASCO, *op. Cit.*

El cristianismo del futuro. Sombras y luces del mañana.

El futuro del cristianismo se encuentra en el umbral, justo en la intersección entre las sombras y las luces del mañana. Es por ello que quisiera proponer algunos posibles senderos que nos conlleven a encontrar los atisbos de luz para el desarrollo de una espiritualidad cristiana en medio de la crisis eclesial.

1. Más movimiento menos institución

Las nuevas formas de religiosidad muestran claramente que su oposición es al modelo de religión organizada en torno a una fuerte institución que regula lo que debe y no debe hacer bajo su pretensión de verdad absoluta y ejercicio de autoridad absoluta.

Ante la arremetida conservadora de fortalecer las representaciones autoritarias e institucionales, poco a poco va germinando un cristianismo de fraternidad semejante a las primeras comunidades cristianas propuesto por el Nuevo Testamento. En este sentido el cristianismo debe *reconvertirse*, es decir, volver al camino originario que le vio nacer, el cual es una comunidad de hijos con un Padre en común, iguales en dignidad, derechos y deberes, dotados de los diversos carismas puestos al servicio del Reino de Dios, su justicia, el ser humano y el mundo.

Como señala Juan Martín Velasco:

Basta "imaginar" la forma institucional que resultaría de esta reconversión para percibir los caminos que abriría a nuevas y esperanzadoras formas de encarnación social y cultural de lo sagrado⁸.

La historia ha demostrado que las mayores realizaciones del cristianismo han sido gestadas no precisamente por los ámbitos institucionales, sino que a través de movimientos

⁸ *Ibid.*

que han surgido en los momentos más críticos de su historia. La historia de estos movimientos puede vislumbrarse desde el mismo movimiento originado por Jesús ante la crisis institucional del judaísmo, las comunidades cristianas de los primeros siglos pre-constantinianos, los padres del desierto, San Francisco de Asís, los Anabaptistas, los místicos del siglo XVI como Ignacio de Loyola y Sor Teresa de Jesús, por nombrar solo algunos íconos de movimientos revitalizadores del cristianismo.

2. Más místico que cultural

André Malreaux, famoso novelista francés, escribió lo siguiente a mediados del siglo XX: “El siglo XXI será espiritual o no será”. Por su parte, Karl Rahner tomó esta famosa frase y la aplicó al exceso de institucionalidad en el cristianismo católico: “El cristiano del mañana, o será místico o no será cristiano”.

Pareciera ser que no se equivocó y nuestra sociedad clama por encontrar espacios donde puedan experimentar el horizonte de la mística. Sin embargo, se debe aclarar que un cristianismo místico no es el de experiencias extraordinarias o sobrenaturales, sino el de creyentes que experimentan su fe en todos los ámbitos de su vida.

Lamentablemente hemos reducido la experiencia comunitaria de Dios a cultos, liturgias y rituales. Pareciera que ser cristiano es asistir a un templo los días domingo para cantar, orar, escuchar un predicador y luego retirarnos a nuestros hogares hasta el próximo culto. En este sentido no hay peor remedio para la mística que una vida ritualizada.

El futuro del cristianismo no pasa por la imposición a través de mecanismos de influjos sociales y culturales, sino que es un cristianismo personalizado, sustentado en una experiencia personal de adscripción voluntaria al que se pertenece de una manera consciente y afectiva. El cristiano de hoy ya no nace, sino que se hace. En este sentido los movimientos anabaptistas del siglo XVI nos dieron el ejemplo y de ellos heredamos los movimientos evangélicos este sentido de adscripción consciente y voluntaria aunque en

muchos ámbitos del evangelicalismo hoy en día a degenerado en un proselitismo religioso que utiliza el terrorismo psicológico y un sinnúmero de artimañas y temores que más bien imponen la adscripción dejando así de ser voluntaria ¿Por qué los jóvenes a cierta edad dejan de sentirse parte de una comunidad cristiana? ¿Será que a cierta edad dicho terrorismo psicológico deja de tener efecto? ¿Será que el sentido de pertenencia está construido sobre la base de factores irrelevantes y dañinos y no sobre la base de la mística que debería irradiar la comunidad a la que se pertenece?

3. Menos poder unipersonal y más empoderamiento comunitario

Contrario a las tendencias que se han venido gestando en algunos círculos cristianos en los cuales el liderazgo se muestra cada vez más con una sed insaciable de reunir para sí el ejercicio del poder, tanto dentro del plano eclesial, como en la sociedad, el cristianismo debe encaminarse hacia un modelo de empoderamiento comunitario. Los modelos jerárquicos y autoritarios son contraproducentes en sociedades que se encaminan a la construcción de espacios cada vez más democráticos.

No sólo la Iglesia Católica Romana se basa en un modelo jerárquico y autoritario propiciado por un absoluto, sino que todo modelo eclesial que sostenga la clarividencia de lo absoluto. En las iglesias evangélicas generalmente el absoluto está sustentado en la Biblia. Más problemático aún es, cuando este absoluto está sustentado en la figura de un líder que se atribuye a sí mismo esa capacidad de desvelar el absoluto. Ejemplos de esto serían los líderes que se atribuyen para sí la posesión del Espíritu, o la correcta interpretación de la Biblia, el fenómeno de los profetas y apóstoles que hoy están de moda. Todos tiene en común una cosa, esto es, sustentar relaciones de poder con base a su experiencia privilegiada con lo absoluto y a la cual no todos puedes acceder.

Si algo debemos reconocerle a la postmodernidad es que nos ha hecho reconocer nuestra incapacidad para acceder a la realidad total y absoluta. Nos ha hecho reconocer que

todo intento es una aproximación subjetiva, es decir relativa al sujeto que intenta acceder a dicha realidad. Reconocer que todo es una interpretación.

Para muchos, esto puede ser aberrante; que atenta contra muchos principios y normas de la ortodoxia cristiana, sin embargo, es justamente este reconocimiento el que nos puede llevar a construir un nuevo modelo eclesial. Aquí no se trata de negar que Dios sea absoluto, ni atentar contra la supuesta ortodoxia cristiana, más bien ortodoxia cristiana moderna, sino que, lisa y llanamente, se trata de ser más humildes, reconocer nuestras limitaciones, y por sobretodo, dejar a Dios ser Dios.

De este reconocimiento es que no se pueden sustentar relaciones eclesiales jerárquicas y autoritarias, sino que como el acceso a la verdad y a Dios es subjetivo se debería practicar un modelo horizontal donde es una comunidad la que a través del diálogo se encamina hacia la búsqueda de lo sagrado y donde es sumamente importante la experiencia de cada individuo en su relación de búsqueda de lo sagrado.

Ahora, tampoco la subjetividad debe convertirse en un fundamento para la disolución de la experiencia comunitaria de Dios, que es en definitiva la iglesia. Si entendemos mal la subjetividad nos lleva al camino que muchos han optado de creer en Dios a mi manera y no necesito de nadie más. Nos llevaría básicamente a transformarnos en nuestra religión. Es decir: «Yo soy mi religión y mi religión soy yo». La cantidad de religiones sería proporcional a la cantidad de individuos que existen en el mundo. Si entendemos bien el reconocimiento de la subjetividad nos llevaría a reforzar el sentido comunitario de la experiencia de Dios.

En este sentido, la experiencia de Dios en el individuo es tan importante, tan genuina y tan única que compartirlo a otros se constituye en una necesidad vital. *La fe genuina experimentada desde el individuo es el fundamento de una fe vivenciada en una comunidad.* La comunidad ha pasado a ser vital por cuanto es en esta dimensión donde puedo hallar, aprender y experimentar nuevas posibilidades de búsqueda, apertura y

encuentro con Dios. Somos así partícipes de esa gran nube de testigos de la fe de la cual habla el autor de la Carta a los Hebreos y que nos permite caminar con paciencia el sendero que tenemos por delante.

4. Menos dogmatismo y más experiencia del seguimiento de Jesús

El cristianismo forjado en la modernidad dio preeminencia a la formulación de doctrinas con pretensión de verdad absoluta. La fe en Dios y en Jesucristo se transformó en la creencia de doctrinas verdaderas sobre Dios y Jesucristo. Ser cristiano significaba y significa aún, creer en un conjunto de proposiciones doctrinales, normas morales y prácticas culturales. Esta forma de creer es la que precisamente a entrado en crisis en la postmodernidad debido a lo ya expuesto entorno a la dificultad de acceder a la verdad como absoluta y por ende a la incapacidad de regular la subjetividad de los individuos.

El futuro del cristianismo se juega en poner énfasis en una espiritualidad del seguimiento de Jesús. La fe como experiencia de seguimiento es un respiro al reduccionismo moderno. Esta conversión de la fe como experiencia de seguimiento requiere recuperar el sentido de los relatos bíblicos como experiencias de seguimiento y dejar a un lado la lectura de la Biblia como doctrinas verdaderas.

Jesús no formuló doctrinas, sino que, toda su vida la dedicó a demostrar con hechos de que el Reinado de Dios era posible. Para ello formó un pequeño grupo de discípulos destinados a seguir y vivenciar el sueño de Dios en sus vidas. La forma de hacer patente la realidad del sueño de Dios era bastante sencilla y radical. Si en el mundo existe violencia, Jesús y sus seguidores optaron por una vida regida por la paz. Si en el mundo existe injusticia, las relaciones sociales de la comunidad de discípulos apuntaban hacia la justicia. Si en el mundo existe pobreza, la comunidad de discípulos de Jesús compartía sus bienes como una forma de erradicar la pobreza. Si en el mundo impera la exclusión, la comunidad de discípulos era inclusiva. Si en el mundo lo que impera son las relaciones entorno al poder, la comunidad era una comunidad servidora.

Entre el dualismo y la intregalidad

Desde el punto de vista bíblico no es posible hablar de cuerpo y alma como de dos principios paralelos. Este lenguaje de origen platónico nos ha hecho ver con recelos todo aquello que diga relación con el cuerpo. Desde esta perspectiva, lo más importante en el hombre es su alma, entendiendo por ello “la parte espiritual,” “lo más elevado,” “lo inmortal.” Se supone que ni la muerte, ni el cuerpo, ni la sexualidad interesan demasiado, puesto que son, a lo sumo, males necesarios con los que tenemos que ver mientras estamos en esta “cárcel del alma”.

El quehacer de la iglesia se ha enmarcado en esta perspectiva casi en su totalidad reduciendo su misión esencialmente a “salvar almas” y llevarlas al cielo, como si el alma fuera un elemento distinto del cuerpo y opuesto a este.

Desde la mentalidad hebraica en la cual estaba inserto el mismo Jesús, el hombre es una unidad indivisible. El problema surgió cuando algunos cristianos entraron en contacto con el pensamiento griego y con las religiones orientales que fermentaban en el mundo griego contemporáneo de los orígenes del cristianismo. Desde entonces y hasta el día de hoy se siguen afirmando categorías filosóficas griegas como si fueran propios de la esencia del mensaje de Jesús.

Si la salvación ofrecida por Jesús se interpreta a luz de los presupuestos de la filosofía platónica, queda claro que esta sería referida al alma etérea que busca liberarse del cuerpo para llegar hasta el cielo. Si la salvación se interpreta a la luz de las concepciones de la mentalidad hebrea de Jesús, la salvación es justamente lo contrario.

Cuando Jesús formuló su vocación al servicio del Reino de Dios y lo expresó como un proyecto salvífico, no estaba pensando en que sus auditores lo entendieran como un proyecto para llegar al cielo. Claramente pensaba en una transformación radical de las formas de socialización aquí y ahora. Eran cosas muy concretas, y prácticas que tenían y mantienen en si mismas el germen de una revolución a nivel social y cósmica. El rico si quiere ser perfecto, debe vender todo lo que tiene y seguirlo; los excluidos de la sociedad (leprosos, prostitutas, endemoniados, mujeres, niños, pecadores, etc), ahora no sólo son parte de la nueva sociedad del Reino sino que ahora son los preferenciales del Reino; los que hacen la guerra ahora deben hacer la paz; los que ostentan el poder deben transformarse en servidores.

Mientras estoy escribiendo, se viene a mi mente una canción que me enseñaron en la escuela bíblica dominical y dice más o menos así:

*Subamos al tren de la salvación
Que al cielo nos llevará
Los boletos tomad que Jesús nos quiere dar
¡Aleluya! No hay nada que pagar.*

*Rin rin rin, suena el silbato.
Chucu chucu chucu chuco chu, responde el tren.
Aún hay lugar, dice el guardia.
En este tren de la salvación.*

¿Qué pensará Jesús mientras les enseñamos a nuestros niños este tipo de canciones? Estoy seguro que guardaría silencio por un momento, luego le diría al Padre: – Perdónalos Señor, porque no saben lo que hacen.

El cristianismo de hoy debe ser un cristianismo que conciba al ser humano en su integralidad. Un cristianismo que invita a vivir el evangelio en la integralidad de sus

implicancias. Un evangelio que tiene mucho que hacer y decir respecto a cuestiones políticas, sociales y económicas.

El cristiano de hoy debe ser un cristiano al servicio del Reino de Dios. Un cristiano al servicio de las necesidades integrales del prójimo. Un cristiano agente del evangelio en todo su ser y quehacer. Que viva y experimente la salvación/liberación aquí y ahora. Además que se comprometa con la salvación/liberación de los demás seres humanos en el presente. Cuando recién nos hayamos comprometido a experimentar el Reino de Dios aquí y ahora podremos pensar en lo maravilloso que sería prolongar esta experiencia en el más allá y de forma plena.

PALABRAS FINALES

El futuro aún es incierto, pero queda claro que las iglesias deben tomar en serio estos indicadores y confrontarse con ellos. Las posibilidades de vivir una espiritualidad cristiana en medio de los signos presentes son muchas, sin embargo, una espiritualidad con aroma a dogmatismo, que da prioridad a la institución por sobre las personas, transformándose en camisas de fuerza difícilmente podrán evitar el camino que las conduce a fósiles que en algún tiempo eran signos de vida. En medio de esta crisis resuena fuertemente la pregunta de Dios a Ezequiel: «Hijo de Hombre, ¿Vivirán esos Fósiles? Tú lo sabes Señor (Ezequiel 37:3).

BIBLIOGRAFÍA

COX, Harvey. *La religión en la ciudad secular: Hacia una Teología Postmoderna*. Sal Terrae. Santander 1985.

MARDONES, José María. *Sal Terrae: Revista de Teología Pastoral, Tomo 91/2*. Sal Terrae. 2003.

MARDONES, José María. *A dónde va la religión*. Sal Terrae. Santander 1996

NOLAN, Albert. *“Jesús hoy: una espiritualidad de libertad radical*. Sal Terrae. Santander 2007.

VELASCO, Juan Martín. *Metamorfosis de lo sagrado y futuro del Cristianismo*”. Selecciones de teología 150.